

# Jean-Paul Didierlaurent

## El resto de sus vidas





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Jean-Paul Didierlaurent

## El resto de sus vidas

Traducción del francés por  
Adolfo García Ortega

---

Título original: *Le reste de leur vie*

© Éditions Au diable vauvert, 2016

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-322-3307-4

Depósito legal: B. 22.520-2017

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

Manelle se ponía de los nervios cada vez que entraba en el piso de Marcel Mauvinier. Ese individuo tenía el don de sacarla de quicio. «Señorita, no se olvide de vaciar bien el orinal.» Siempre la recibía con lo mismo. Nunca con un «buenos días», ni con la menor frase de bienvenida. No, solo esa llamada al orden voceada desde el sillón del salón al que pegaba el culo de la mañana a la noche: «Señorita, no se olvide de vaciar bien el orinal». Como si insinuara que ella tenía por costumbre vaciar mal el orinal. El caso era que Manelle, cuando iba hacia allí, no pensaba en otra cosa que no fuera en ese orinal de esmalte con florecitas malvas pintadas que se veía obligada a acarrear cada mañana del dormitorio al cuarto de baño para vaciar su contenido en la taza del váter, fruto de una noche de desorden prostáti-

---

co. Con casi ochenta y tres años, viudo desde hacía poco, Mauvinier tenía derecho a cuatro horas de asistencia domiciliaria a la semana, repartidas en cinco sesiones de cuarenta y ocho minutos cada una, de lunes a viernes. Unas sesiones durante las cuales la chica, aparte de vaciar el orinal del señor, debía realizar mogollón de tareas como pasar el aspirador, hacer la cama, planchar la ropa, pelar las verduras, y todo bajo la mirada suspicaz de ese viejo vicioso que intentaba siempre sacarle el máximo provecho a su dinero. «Ahí le dejo la lista», decía el anciano haciéndose el remilgado. Todas las mañanas, aguardaba a la joven una hoja cuadriculada puesta sobre el mantel de hule de la mesa de la cocina. En ella estaban consignadas las tareas del día. Manelle se había puesto su bata de color verde pálido y había recorrido la apretada letra de Marcel Mauvinier, una escritura rúcana que no se salía de las líneas. Palabras trazadas con economía.

Bacinilla que vaciar.

Ropa que tender.

Poner en marcha una colada de blanco.

Hacer la cama (funda de almohada que cambiar).

Regar el ficus del comedor.

Barrer cocina + pasillo.

Ir a recoger el correo.

---

En ese juegucito de Cómo-tener-ocupada-a-su-asistencia-domiciliaria-durante-tres-cuartos-de-hora, Marcel Mauvinier, antiguo propietario de una tienda de electrodomésticos, se había hecho el rey. Manelle siempre se preguntaba por qué la palabra *sirviente* no sería solo del género femenino. Echó un segundo vistazo a la lista de encargos, haciendo un esfuerzo por adivinar dónde ese vicioso había podido ocultar hoy el billete de cincuenta euros. Habría apostado que en el ficus. El billete se había convertido en el grial diario de Manelle. Descubrir su ubicación suponía un desafío para la joven, y daba un toque picante a los cuarenta y ocho minutos que la esperaban. Un año antes, cuando había descubierto por primera vez la guita inocentemente puesta encima de la mesilla, se había quedado paralizada al ir a coger el billete. Las palabras *peligro* y *terreno minado* emitían destellos furiosos dentro de su cabeza. Aquel billete de cincuenta euros, bien visible y todo estiradito en medio del tapete de la mesilla, olía un poco a chamusquina, para ser honesta. Marcel Mauvinier no era de los que se dejaban olvidado el dinero suelto, y menos aún un billete semejante. Sin embargo, durante unos segundos, Manelle había pensado en todo lo que habría podido hacer con una cantidad como esa. Restaurantes, cines, ropa, tiendas, zapatos habían desfilado por su cabeza. Por un instante, habían cautivado su pensamiento cosas tan concretas

---

como ese par de sandalias fosforito que había visto el día anterior en el escaparate del San Marina rebajado a 49,90 euros. Finalmente, la chica había decidido ignorar el billete, hacer la cama y salir de la habitación sin volver a mirar aquellos cincuenta euros puestos encima del joyero de encaje que parecían burlarse de ella. Marcel Mauvinier había dejado de contemplar la pantalla de la tele para asomar su nariz por la cocina. «¿Va todo bien?», había preguntado el viejo mientras ella rellenaba el formulario de asistencia. Nunca hasta ese día el viejo se había preocupado por su bienestar. «Sí, todo va bien», había respondido ella sosteniéndole la mirada. «Sin problemas, ¿no?», había añadido él, receloso, trotando a pequeños pasos hasta el dormitorio. «¿Es que debería haber algún problema?», melindreó ella a sus espaldas. La visión de aquella cara desconcertada que licuaba sus rasgos mientras ella regresaba a la cocina había satisfecho a Manelle. Un desconcierto que, a sus ojos, valía mucho más que cincuenta cochinos euros.

Desde entonces, el billete con la numeración U18190763573 —la chica había comprobado en varias ocasiones ese número para verificar que se trataba siempre del mismo— viajaba por todo lo largo y ancho del piso de Marcel Mauvinier. Someter a Manelle al suplicio de la tentación parecía haberse convertido en una de las razones de vivir para aquel viejo. Las cámaras habían hecho su aparición un poco

---

más adelante. Ni más ni menos que una auténtica red de cámaras en miniatura cabalmente diseminadas de modo que cubriesen la casi totalidad de los ciento diez metros cuadrados. La joven había contabilizado cinco. Una en la cocina, otra en el dormitorio, otra que abarcaba todo lo largo del pasillo, otra en el cuarto de baño y una más en el salón. Cinco ojos negros y fríos que no se perdían el menor de sus gestos y movimientos. En cierta ocasión había sorprendido al viejo vicioso visionando las grabaciones de la víspera. A la mínima oportunidad que tenía, Manelle cegaba aquellos cíclopes en miniatura. Un objeto desplazado inopinadamente para obturar el visor o, más a menudo, un desafortunado golpe dado sin querer con la bayeta tenían como objetivo desviar el ángulo de la cámara hacia el suelo o hacia el techo. Insidiosamente, el octogenario había caído en su propia trampa al crearse aquella adicción idiota, consistente en tratar de pillar in fraganti a su asistenta domiciliaria en el momento justo de robarle el dinero. Ni una sola vez Manelle había hecho alusión a ese billete viajero, cosa que seguía dejando perplejo a Mauvinier e irritándolo sobremanera. Varias veces había intentado la joven darle la vuelta al billete o doblarlo en cuatro, con el fin de hacerle ver al viejo que no era víctima de sus tejemanejes, pero finalmente había creído que lo mejor sería devolverle el suplicio al remitente ignorando aquellos cincuenta euros. Así



---

pues, cada día la esperaba el billete. Sobre la alfombra del cuarto de estar, sobre la cubierta de la lavadora, sobre el frigo, atrapado entre dos libros, puesto al lado del teléfono, en el mueble de los zapatos, encima de una pila de toallas dentro del armario del cuarto de baño, en la cesta de la fruta, entremetido entre la correspondencia. O, como hoy, cerca del ficus que tenía que regar. El billete se encontraba medio deslizado debajo del tiesto de barro cocido. Mientras subía el correo después de haberlo recogido del buzón, Manelle se preguntó de repente, no sin cierta inquietud, cuál sería la reacción de Marcel Mauvinier si un día terminaba por cansarse de esos jueguecitos y se metía definitivamente el billete en la cartera. Había acabado por encariñarse con ese billete de cincuenta euros que daba a sus tareas domésticas un cierto aire de intriga y de búsqueda del tesoro. A las 9.45 en punto, una vez finalizado su trabajo, la asistente domiciliaria se quitó la bata y firmó su formulario de presencia laboral. Como se lo había visto hacer muchas veces, ella sabía que en ese preciso momento Marcel Mauvinier sacaba del bolsillo de su chaleco el cronómetro que llevaba allí medio escondido, con el fin de asegurarse de que los cuarenta y ocho minutos se habían cumplido escrupulosamente.

---

2

Cada mañana, nada más zamparse las tres tostadas con mantequilla cubiertas de mermelada de mora —la única que le gustaba— y beberse los sucesivos tragos de café con leche que les correspondían, Ambroise se apresuraba a depositar bol y cubiertos dentro del fregadero, para luego recoger, con una rápida pasada de esponja, las migas esparcidas en el hule antes de recorrer en silencio el largo pasillo que atravesaba todo el piso. Solía detenerse a medio camino, a la altura de la primera puerta, el tiempo justo de pegar la oreja a la hoja de madera, que apenas podía contener los ronquidos de Beth. Le gustaba escuchar los profundos ruidos guturales que procedían de la anciana. Lo que hoy le llegaba desde el fondo del dormitorio era la música de un mar apacible, el morir de las olas en la playa seguido del crepitar de la

---

arena. Inspiración, expiración. Flujo y reflujo. Tranquilo por ello, Ambroise llegó hasta el final del pasillo y se metió sin hacer ruido en el cuarto de baño secundario que lindaba con su habitación. El neón cansado parpadeó en dos tiempos; siempre parpadeaba en dos tiempos antes de inundar suelo y paredes con una luz fría. Un rectángulo de contrachapado clausuraba la antigua bañera de asiento que ocupaba tanto espacio. Siempre maravillaba al joven el lecho provisional en el que estaban dispuestos los instrumentos para que escurrieran. Extendidos unos con otros sobre la toalla empapada que había absorbido toda el agua durante la noche, relucían metálicamente bajo aquella violenta luz. Ambroise no dejaba de contemplar los reflejos iridiscentes que provenían de su superficie inoxidable. Ese instante suspendido mientras se encontraba a solas con ellos en ese cuartito minúsculo y recalentado, en medio de un olor a detergente, lo fascinaba. Enumeró en voz baja la *check-list* al mismo tiempo que sus ojos revoloteaban de derecha a izquierda por la toalla empapada. Escalpelo, ganchos, separadores, pinzas de disección y aprietatubos, tijeras rectas, tijeras curvas, agujas rectas, curvas y en serpentín, sondas, pinza nasal, pinza hemostática, recortadores, espátulas flexibles y rígidas... Se recreó en el que consideraba el más hermoso de todos, el trócar. De una largura de casi cincuenta centímetros, el tubo de punción pesa-

---

ba agradablemente en su mano. Su punta afilada como un lapicero estaba perforada por una decena de agujeritos que él procuraba mantener limpios sirviéndose de una escobilla minúscula. A los pies de la bañera, un voluminoso maletín de cuero con grandes solapas abiertas exponía su vientre tenebroso. Ambroise cogió la gamuza que colgaba del lavabo y sacó brillo a cada uno de los instrumentos con el fin de eliminar el menor resto de humedad. El paño se deslizó por las agujas, acarició las hojas, lustró los mangos. Una tras otra, las herramientas volvieron a sus estuches y acomodados en el maletín. Después de arrojar la gamuza en el cesto de la ropa sucia, Ambroise cerró con llave los batientes de cuero y se llevó el maletín a su cuarto. En la mesilla, el móvil vibraba dentro de su funda. El joven se aclaró la garganta y cogió la llamada. Roland Bourdin, de los establecimientos Roland Bourdin e Hijo, nunca se tomaba la molestia de saludarlo cuando lo llamaba por teléfono, limitándose por toda presentación a ese tono frío y distante que siempre le había conocido Ambroise. Después de los más de cuatro años que llevaba trabajando en la empresa, su relación no había cambiado ni un ápice. Profesional y nada más. De rasgos cortados a cuchillo, palidez cetrina, barba rala en torno a unos labios tan finos que daban a su boca el aspecto de una cicatriz violácea, su patrón era de esas personas que tenían la misma voz que su apariencia. Como

---

la única descendencia del señor Bourdin era su hija, el añadido a la derecha de su nombre de aquel «e Hijo» no tenía otra razón de ser que la de endilgarle a la mencionada empresa una capa de respetabilidad intergeneracional para tranquilizar a la clientela. El patrón llamaba para un encargo a domicilio. Fiel a su costumbre y sin más florituras que las necesarias para la justa comprensión, Bourdin soltó la información en un orden establecido solo por él y que no contravenía jamás: apellido del cliente, nombre, sexo, edad y dirección del lugar de intervención. «Sin indicación de número de la calle, solo casa amarilla, según la esposa», añadió de manera lacónica antes de colgar. Tan avaro en artículos definidos como en expresiones de educación, pensó Ambroise mientras grababa los datos en su iPhone. Volvió al amplio cuarto de baño que compartía con Beth, se cepilló los dientes, se afeitó, domeñó su melena negra y abundante a golpes de gomina antes de rociar sus mejillas con un par de ráfagas de *aftershave*. Colgado en una percha del armario lo esperaba su traje de presentación. Camisa blanca, corbata gris oscuro, chaqueta y pantalón negros. Se quitó el pijama y embutió sus setenta y seis kilos dentro de la ropa recién planchada. El atuendo de protección que constituía el verdadero traje de trabajo, el que la gente no llegaba a ver nunca, recubriría más tarde el primer traje, a modo de una segunda piel. Por ahora, solo contaba la aparien-

---

cia. Se trataba de no asustar, de ser lo más soso posible. Un fantasma, eso era lo que debía esforzarse en parecer. Un fantasma en traje y corbata que no debía dejar a su paso más recuerdo que el de una sombra pasajera. Satisfecho de la imagen que le devolvía el espejo que había encima del lavabo, Ambroise se dirigió hacia la salida con el valioso maletín bamboleándose en su mano. Todo un turista disponiéndose a partir hacia un país lejano, pensó sonriendo. Su sonrisa creció al ver a Beth plantada en medio del pasillo. Fuera la hora que fuese, y a pesar de las precauciones que tomaba para ser lo más discreto posible, siempre encontraba a la anciana en su camino en el momento de salir de casa, mostrándole su rostro radiante. Dobló su metro ochenta para dejar que su abuela depositara en su frente el beso de cada día y deslizara en su oído ese «Ve» que siempre sonaba como una bendición. Decir más no habría servido de nada. Esa única sílaba contenía toda la ternura del mundo.